

SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

Catedral, 15 de agosto de 2016

La fiesta de la Asunción de la Virgen María a los cielos nos recuerda el misterio final que envuelve la vida de Nuestra Señora. Los datos que nos proporciona la Palabra de Dios se detienen en la escena del cenáculo el día de Pentecostés después de la ascensión del Señor a los cielos. Nada sabemos de su suerte final ni de su relación con los apóstoles ni de su participación en la misión de anunciar el evangelio que el Señor les había encomendado. A pesar de este silencio, la Iglesia conservó en el subconsciente colectivo la convicción de que María corrió la misma suerte de su Hijo Jesucristo, resucitado de entre los muertos y ascendido a lo más alto de los cielos. Al igual que el Señor, el cuerpo de María no conoció la corrupción del sepulcro sino que fue glorificado en virtud de su maternidad divina. Aquel vientre que dio como fruto bendito a toda la humanidad al Hijo de Dios hecho hombre, no podía conocer otro camino más que el de la glorificación.

En virtud de esta conciencia explicitada en la liturgia y en la predicación de los santos Padres y del Magisterio, el Papa Pío XII en el año 1950 proclamó como dogma para ser creído por todos los fieles católicos que la Virgen María “terminado el curso de su vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial”. Hoy, celebramos con gozo el triunfo de María en el que ya se atisba nuestro triunfo sobre la muerte porque, como dice el apóstol Pablo en la Carta a los Romanos: “Si vivimos, vivimos para el Señor, si morimos, morimos para el Señor, en la vida y en la muerte somos del Señor” (Rm 14,8) Nuestro deseo más profundo ha de ser el de estar siempre con el Señor tanto en la vida como en la muerte. Al desear estar con Cristo siempre, los cristianos nos obligamos interiormente a imitar a Cristo en todo. Por eso, cuando el pecado hace mella en nosotros, sentimos un gran dolor interno que llamamos dolor de los pecados. Un dolor que es más intenso en la medida en que más amamos al Señor y más unidos estamos a Él.

Esta fiesta de la Virgen se llama también la fiesta de la Dormición de María porque con este término se expresa mejor la forma en la que María concluyó sus días en este mundo. Los Santos Padres al comentar el final de la Virgen María evitan pronunciar la palabra muerte para significar que María, preservada desde el primer momento del pecado original, no tuvo pecado y como consecuencia no sufriría la muerte. Esta doctrina no es unánime, por eso en la definición del dogma el Papa no quiso entrar en la polémica si el cuerpo de la Virgen sufrió la muerte como todo humano o fue elevado al cielo por los ángeles como relata otra tradición. Sea lo que fuere, lo que nos interesa es contemplar cómo María se

duerme en el regazo de Dios, es decir, su humanidad entra en otra dimensión existencial “preparada por el Señor para los que lo aman” Nadie amó más al Señor que su Madre por eso es lógico que ella sea la primera de nuestra raza que “se siente a su derecha enjoyada como una reina” (Sal 44)

También nosotros podemos contemplar nuestro final como dormición en los brazos del Señor. De hecho así lo reflejamos en algunas esquelas de nuestros difuntos. Me parece que debemos reivindicar esta expresión para referirnos al final de la vida de un cristiano. Nuestra cultura, que es una cultura de muerte, se ríe de la muerte y juega con este misterio como si fuera un motivo más de entretenimiento. La difusión desde hace unos años de las fiestas relacionadas con la muerte o el morbo que suscitan entre la gente joven las películas de terror y de muertos, son un signo de este desprecio por el momento final de la vida del hombre y por su suerte. Este desprecio es consecuencia de haber abandonado la esperanza en la vida eterna. La ignorancia sobre el destino de nuestros seres queridos que han partido de este mundo se manifiesta en algunas frases de los grandilocuentes discursos sobre la muerte de algún difunto. Y así refiriéndose a la suerte final del difunto se suele decir: “Allí donde quiera que estés te seguimos queriendo”

Los cristianos no podemos aceptar pasivamente este desprecio por el final de la vida del hombre y esta ignorancia por su destino. Por eso me parece que la palabra dormición aplicada al momento final nos ayuda a entender tanto la muerte como el destino. Así como esperamos al final del día la hora del descanso para dormir, es decir, para sumirnos con todo nuestro ser en otra realidad, la realidad onírica dominada por el inconsciente; así sucederá al final de nuestros días: nos dormiremos con todo nuestro ser en Cristo. Nos dormiremos en sus brazos mecidos por la fuerza espiritual de su misericordia y de su justicia.

Quien participa de esta esperanza ya no entiende la muerte como un drama final ni como algo irrelevante y jocoso; tampoco entiende su destino como algo impersonal que diluye todo el ser en el cosmos o en otras fuerzas o realidades. Quien participa de la esperanza cristiana sabe que, lo que le sucedió a la Virgen María en su gloriosa Asunción, también le sucederá a él si confía en Dios y cumple sus mandatos. Por eso esta fiesta de la Asunción de la Virgen a los cielos es una buena noticia para todo cristiano y para todo hombre de buena voluntad porque en María comprobamos cómo es verdad que Dios ha decidido abrir el santuario del cielo a la humanidad por medio de Jesucristo. Ahora vemos con claridad que se estableció “se estableció la salud y el poderío, y el reinado de nuestro Dios, y la potestad de su Cristo.” (Ap. 12, 10) Y la primera beneficiada de esta nueva realidad es María.

En la eucaristía conmemoramos la Nueva Alianza y nos adentramos en el misterio de nuestra esperanza en la que fuimos salvados. Al celebrar con devoción esta eucaristía en honor de la Virgen María, Nuestra Señora de la Majestad, titular de esta Santa Apostólica Iglesia Catedral se disipan los miedos y los temores sobre nuestro final porque en María, asunta al cielo, tenemos la certeza de que Dios cumple su promesa.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga